

Leo Strauss y el fino arte
de la demos-traición

LEO STRAUSS: EL ARTE DE LEER (UNA LECTURA
DE LA INTERPRETACIÓN STRAUSSIANA
DE MAQUIAVELO, HOBBS, LOCKE Y SPINOZA);
de Claudia Hilb, Buenos Aires, FCE, 2005.

Ernesto Funes

UBA; UNL; FLACSO

Ardua tarea la de clarificar el pensamiento de un autor expresamente oscuro. Más cuando el mismo es el detentor de un saber erudito que obliga a rastrear sus fuentes, referencias y criterios a través de los más intrincados recodos de la filosofía de todos los tiempos. Y aún más si este autor se propone reivindicar el estilo esotérico como el modo de escribir más afín a un filósofo (al grado de elevarlo al nivel de un arte), a fin de salvar al mismo tiempo al filósofo de la persecución política, y a la política de aquellas verdades filosóficas que podrían poner en peligro el orden de la ciudad.

Tal es la tarea que Claudia Hilb encara en su estudio de los trabajos que sobre Maquiavelo, Hobbes, Locke, y Spinoza escribiera el filósofo germano-americano Leo Strauss. Hilb nos deslumbra desde un comienzo, tanto por su entusiasmo al encarar de frente la lectura de una obra ciclópea —y, por cierto, apenas conocida en nuestra lengua— como por la resolución con que avanza, con sencillez y luminosidad, desentrañando los secretos y reconstruyendo las claves de lectura con las que este autor nos brinda una muy original y sorprendente interpretación del origen de la modernidad filosófica, en abierto debate con la tradición de los Antiguos.

Claudia Hilb emprende una lectura de Strauss que pretende rastrear el modo strausiano de leer a los Clásicos, lectura que progresivamente irá poblando nuestra mente de nuevos y sorprendentes criterios de interpretación, que nos harán dudar de nuestras certezas más firmemente adquiridas, y nos devolverán el placer de la novedad, que aún anida en la obra de los padres de la filosofía. Lo hace transitando por una sutil cornisa: sin mimetizarse con los criterios del autor, pero sin criticarlo sobre la base de otros criterios que los que el mismo autor propone. Sin embargo, progresivamente, la lectora de Strauss es capaz de contagiar a sus propios lectores el entusiasmo detectivesco de quien rastrea pistas y lee entre líneas.

La filosofía clásica está recorrida por una tradición secreta, sólo susceptible de ser apreciada por una mirada entrenada en lecturas esotéricas. Quizás por ello para el lector desprevenido —y ante una primera lectura que confronta con la doctrina de Leo Strauss, no hay otro tipo de lector— puedan servir unas breves frases orientadoras previas.

Leo Strauss comienza su reflexión interrogándose acerca de si los fundadores de la tradición filosófica moderna han sido efectivamente capaces de refutar fundada y

consistentemente las premisas filosóficas de la Antigüedad –fundamentalmente, la postulación de la existencia de un orden teleológico natural, un cosmos ético, o un «derecho natural objetivo»–, y de sostener en función de razones mejor fundamentadas las premisas de un orden social y moral derivadas de la naturaleza o la subjetividad humanas. A lo largo de minuciosos y sutiles análisis y reconstrucciones de las doctrinas de unos y otros, argumentará sobre la base de una profunda erudición y conocimiento de los clásicos, no sólo que no hubo una demostración racional de los principios de la modernidad filosófica, sino tan sólo un rechazo dogmático de las premisas de los Antiguos, que habían sostenido consistentemente que el orden perfectamente justo de las cosas humanas es en verdad irrealizable por ser naturalmente imposible, y que las instituciones humanas no se sostienen a sí mismas de un modo que derive necesariamente del orden de la naturaleza –y que por ende son convencionales o artificiales–.

Pero a la vez aquellos adoptaron frente a estas verdades una actitud de prudencia filosófica y política, que los llevó a concluir que las mismas –en razón de su efecto peligroso y potencialmente disolvente del orden social– no debían ser reveladas ante la ciudad. Fue así como la tradición de la filosofía antigua, consciente del antagonismo entre conocimiento verdadero y orden de la ciudad (el conflicto entre Sócrates y Atenas), se vio forzada a ordenar su discurso en torno a la distinción entre doctrinas «esotéricas» –verdaderas, pero secretas, y sólo

comunicables oralmente a unos pocos ya iniciados en la vida filosófica, puesto que serían motivo de persecución de los filósofos por las fuerzas de la ciudad– y doctrinas «exotéricas» –comunicables a todos, pero basadas en una argumentación sostenida en «mentiras nobles» acerca de la existencia de un orden natural del mundo perfectamente cognoscible, del que derivarían los principios naturalmente justos y autofundamentados del orden moral de la ciudad–.

En todo este razonamiento se pone de manifiesto que la clásica oposición política entre los pocos y los muchos coincide con la distinción filosófica entre la excelencia y la necesidad (lo alto y lo bajo), a pesar de lo cual ambos criterios acabarán por enfrentarse, bajo la forma de una oposición entre el aristocratismo filosófico de la verdad y el democratismo de las mentiras políticamente necesarias.

Los primeros filósofos modernos, en general desconocedores de aquella distinción y sus arcanos, confundieron –según Strauss– a aquellas «doctrinas exotéricas» con el patrimonio intelectual de la Antigüedad, y las criticaron por ingenuas e idealistas, y no fundadas ni en la experiencia ni en la razón. Pero a la vez se propusieron retomar su presunto programa –la posibilidad de fundamentación racional de un orden perfectamente justo– a fin de rehabilitarlo sobre la base de nuevas premisas –ya no más éticas, sino racionales o «científicas»–, basadas en un estudio de la naturaleza humana, y sus fines intrínsecos –esto es, prescindiendo de fines trascendentes, por resultar

«inalcanzables», y por ende poco realistas—. A lo que los Antiguos hubiesen replicado que este intento de fundamentación del orden justo a partir del «aplanamiento» de la naturaleza humana no hace sino poner de manifiesto que las premisas ingenuas e idealistas son precisamente las de la Modernidad fundada en la razón subjetiva, y que el auténtico realismo filosófico y político se situaría más bien del lado de Platón y sus continuadores.

La premisa del pensamiento filosófico-político moderno es el abandono de la creencia en la existencia de un orden ético suprahumano, natural y objetivo, al que los hombres se hallan subordinados por formar parte de una naturaleza que los trasciende por entero. De aquella premisa los Antiguos derivaban la existencia de un criterio o estándar objetivo de la vida buena para los hombres, en virtud del lugar que ellos ocupan en el orden del cosmos. A su vez, de este criterio de excelencia natural y objetivo, y de la constatación empírica de que los hombres tienen sin embargo distintos fines, deseos o inclinaciones —esto es, distintos criterios de lo bueno y lo mejor—, derivaron la posibilidad de la jerarquización de dichos bienes en virtud de lo natural y objetivamente mejor para el hombre. Dos consecuencias se desprenden de esto: la desigualdad natural de los fines e inclinaciones humanas —y por ende, de los hombres mismos (en tanto que inclinados a diferentes fines)—, y la afirmación de que la mejor forma de vida para el hombre es aquella que procura el conocimiento de la propia naturaleza y del orden

del cosmos como totalidad en el que aquella se halla inserta: esto es, la vida filosófica o «vida contemplativa».

Los modernos, en cambio, al haber abandonado el criterio de un orden ético objetivo del mundo, podrán adoptar distintas posiciones morales: una de ellas será la creencia en que, dado que no es demostrable la superioridad de la vida de contemplación ni la de obediencia a la ley revelada (o «fe»), perfectamente puede postularse que la mejor forma de vida es la que se orienta por el deseo de gloria mundana; y que, dado que la moral cívica no puede fundarse en sí misma ni natural ni racionalmente, (y no hay un orden trascendente al hombre mismo) ella se funda en la pura arbitrariedad, esto es, en actos inmorales, que tienen como único fin el de dominar unos hombres a otros por medio de la ley (Maquiavelo). Otra actitud será la de quienes sostuvieron que en realidad los hombres no quieren distintas cosas, sino que sus inclinaciones más primarias apuntan a un solo y único bien, básico y elemental por centrarse en la necesidad de supervivencia (lo cual supone decir que por naturaleza todos son iguales): ya se trate de la seguridad física, pues su pasión primordial es el miedo a la muerte violenta (Hobbes), ya del bienestar que procede de una acumulación irrestricta de bienes y riquezas (Locke). O, por último, la idea de que no existen bienes superiores o inferiores, y que pueden existir y proliferar conflictivamente distintas ideas del bien autojustificadas, dado que no hay un criterio objetivo de juicio y evaluación (la segunda

generación de filósofos modernos, relativistas, y proto-nihilistas).

Como se ve, la filosofía política moderna se funda, ya en la maldad —esto es, en la revelación de una verdad que los Antiguos decidieron ocultar por el bien de la ciudad, a fin de exhibir la ausencia de moralidad de la moral (Maquiavelo)—; ya en la ignorancia acerca del sentido político de las doctrinas exotéricas antiguas, a las que se intenta ingenuamente dar cumplimiento rebajando los estándares de la naturaleza humana (Hobbes, Locke). En el caso de Spinoza, se tratará de un intento de refutación de la ortodoxia cristiana por medio de la postulación de un sistema enteramente racional y cognoscible del mundo, e independiente de la fe (que desconoce la creencia de los Antiguos en la imposibilidad de dicho proyecto).

Estas son algunas de las premisas con que Strauss lee e interpreta a los clásicos. Las demás provendrán de su enorme erudición, que compara permanentemente los primeros modernos con los argumentos de Platón, Jenofonte, Aristóteles, Aristófanes, Epicuro, Maimónides, Al Farabi, etc., para demostrar que todos los caminos tomados por los modernos ya habían sido transitados, y abandonados, por los Antiguos, de un modo siempre mucho más consecuente.

Para concluir, quisiera afirmar que Claudia Hilb lleva a cabo la más sutil de las traiciones a los principios de una filosofía esotérica: la demostración de que el rigor no

necesita ser oscuro para ser profundo e incluso erudito en la reconstrucción —no por ello menos ardua— del complejo entramado de argumentos, criterios, principios y fundamentos del pensamiento de un autor. La traición que por medio de una minuciosa devoción a la filigrana de los textos practica Claudia Hilb consiste en volver al oscuro Strauss accesible y comprensible para un demos al que este autor consideró siempre que le hubiera sido hostil, de haber conocido la más secreta inspiración de su filosofía. Hilb pone de este modo a nuestra disposición una multitud de ideas y herramientas novedosas para leer y juzgar el programa de los clásicos, y de la filosofía entera. Lo hace, no animada por un espíritu de rechazo crítico y sesgada denostación, sino imbuida de la más pura vocación de conocimiento que anima al espíritu de la filosofía, para divulgar una contribución que permita enriquecer nuestra voluntad y capacidad de pensar de otro modo.

Fue voluntad de los modernos que las verdades más inquietantes y terribles fueran expuestas al público y discutibles por todos, para que la crítica y reinterpretación del mundo fuera un modo de empezar a transformarlo. Los modernos hemos buscado siempre reconciliar amor al conocimiento, acción, y vida pública. Leo Strauss resulta traicionado cuando el propio amor al conocimiento devela el secreto de la filosofía. El demos, una vez más, agradecido.